

I. LA EVOLUCIÓN DE LA OTAN

A despecho de las transformaciones estratégicas que se han producido en el transcurso de los últimos veinte años, la OTAN—y a través de la organización, los Estados Unidos—han tratado de conservar el mismo papel al sistema defensivo occidental común, es decir, al mantenimiento del *statu quo* territorial en Europa del Oeste y asimismo el *statu quo* político.

Sin embargo, las condiciones de seguridad de las naciones europeas miembros de la OTAN han resultado modificadas a medida que cambiaba la técnica de los armamentos y, sobre todo, que la Casa Blanca tomaba conciencia de este hecho o, más bien, creía tener de él una justa apreciación.

1.1 Durante una primera fase, que va aproximadamente desde la firma del Tratado del Atlántico Norte hasta el final de la primera década, Norteamérica gozaba del privilegio de una situación estratégica asimétrica: sus armas, por estar desplegadas en torno a la Europa del Oeste en torno al istmo europeo, tenía la Unión Soviética a su merced, mientras que, a la inversa, los territorios del Nuevo Mundo estaban prácticamente fuera del alcance del arsenal ruso. No presentaba riesgos atenerse a la estrategia llamada de las «represalias masivas» (de las que se ha creído, erróneamente, que significaba el ataque a las ciudades soviéticas, cuando implicaba el recurso a las nuevas armas al iniciarse la primera fase de una agresión contra los territorios de los países de la OTAN, lo que era conforme a los intereses de los europeos y sin riesgos excesivos para los norteamericanos).

Por más que se dijera posteriormente, semejante estrategia era perfectamente racional. Incluso era la única que podían practicar las democracias occidentales en período de guerra fría y competición militar prolongada. Con efectivos relativamente reducidos y un aparato disuasivo de escasa importancia y costo poco elevado, era posible—y sigue siendo posible—hacer frente eficazmente a la creciente potencia clásica y nuclear de los rusos.

1.2 La segunda fase de la OTAN se inicia alrededor de 1960. Candidato a la elección presidencial, el senador Kennedy lanza la falsa estimación del *missile gap*. Para remediarlo, incrementa el arsenal norteamericano y desencadena una carrera de los armamentos que, según parece actualmente, fue ganada por la Unión Soviética. Sin ninguna otra justificación que preocupaciones electorales y el deseo de que se condenara la gestión del presidente Eisenhower y el partido republicano, se había llevado a cabo una vasta campaña de miedo en la que participaron la mayor parte de los economistas norteamericanos convertidos, para el caso, en estrategas. Cuando era profundamente estable —y no puede dejar de serlo— «el equilibrio del terror» (debería decirse de la prudencia) se le juzgó precario. Especulando con una opinión pública, que forzosamente razona por analogía con las ideas estratégicas de un pasado todavía reciente, se le hizo creer que la «guerra general» sólo podía evitarse merced a la sabiduría y acaso al genio de los dirigentes de las dos grandes potencias, cuando las armas de que ambas disponían condenaban ya todo recurso a la fuerza entre ellas.

Después de la puesta en órbita del primer «Sputnik» (octubre de 1957) y, menos de dos años más tarde, con el lanzamiento experimental de misiles balísticos rusos de gran alcance, quedó facilitada la prueba de que Norteamérica había perdido la invulnerabilidad natural que se derivaba de la situación que ocupa en el mapa con relación a su adversario potencial. De hecho, para los Estados Unidos mismos, nada había cambiado: no más que antes era concebible que los soviéticos la emprendieran con ellos sin correr el riesgo de lo peor. El general Maxwell Taylor, primero asesor militar del presidente Kennedy, posteriormente presidente del Comité de los Jefes de Estado Mayor, exponía en su libro *The Uncertain Trumpet* cuál debía ser la nueva estrategia de los Estados Unidos:

«Habiendo admitido la limitación de nuestras fuerzas de "disuasión" (en razón de las nuevas posibilidades de represalias de los rusos) hemos de redefinir la guerra general como sinónimo de un intercambio de andanadas nucleares entre los Estados Unidos y la URSS. El término guerra limitada abarcará *todas* las demás formas de operaciones militares. A la cuestión de saber si hay que utilizar armas atómicas en las guerras limitadas, será preciso responder que tales conflictos serán esencialmente dirimidos con la ayuda de armas clásicas, aun cuando se imponga necesario conservar la posibilidad

de emplear armas atómicas en los contadísimos casos en que su utilización correspondiera a nuestro interés nacional.»

Con su franqueza de soldado, el general Taylor expresaba una verdad tan vieja como el átomo militar: las armas nuevas sólo pueden tener significación para la protección de quienes las poseen. Frente a otra potencia nuclear, no son los instrumentos militares de una alianza o una coalición.

Políticamente, la Casa Blanca no podía sino enmascarar esa verdad estratégica, aun modificando sus compromisos con relación a los países de la Europa del Oeste, a fin de que Norteamérica no asumiera riesgos desproporcionados. A ello se aplicaron los señores John Kennedy y McNamara. El aumento de las fuerzas clásicas que reclamaban, la noción de «pausa», que se esforzaron de imponer, la colocación en el mar de armas de represalias, por, o demás paralizadas de antemano por el sistema colectivo que imaginaron con la fuerza multilateral, eran otros tantos artífices destinados a tener en cuenta una nueva situación estratégica, sin dar la impresión de que Norteamérica abandonaba el control de los países de la Europa del Oeste, que deseaba conservar.

La mayor parte de sus gobiernos creyeron, o fingieron que creían, que nada había cambiado. Unicamente el general De Gaulle sacó la lección del cambio estratégico que acababa de operarse a la vista de todos. Así se lo explicó al presidente Kennedy:

«... ya que nadie puede estar seguro en adelante de que los Estados Unidos utilizarían sus armas atómicas de entrada (para Europa), la seguridad futura de Europa han de asegurarla los países europeos, no sin los Estados Unidos, pero no exclusivamente por los Estados Unidos» (mayo de 1961)¹.

Pero, en la realidad, la OTAN ya había entrado en una segunda fase. Debido a la regla de la unanimidad, fue preciso esperar a que Francia abandonara la Organización para desistir oficialmente de la estrategia fijada en 1954-1956.

De hecho, el Pentágono había adoptado una nueva doctrina y estaba claro que las metas iniciales de la OTAN más se alcanzaban mediante la

¹ Citado por SCHLESINGER, «One Thousand Days».

presencia de soldados—o de ciudadanos—norteamericanos en Europa que con la hipotética utilización de sus armas, singularmente de sus armas atómicas.

1.3 La tercera fase se ha iniciado con la conferencia de Reykjavik de 1968 y la preocupación manifestada por los norteamericanos de reducir su contribución material a la seguridad de los países de los de la Europa del Oeste.

La posición de los Estados Unidos podría sorprender.

—He aquí un país cuyo gobierno no habría cesado de afirmar—sobre todo desde la llegada al poder de Kennedy—que Europa era indefendible si los efectivos encargados de esa misión no se aumentaban. Y, de pronto, a pesar del incremento del potencial militar ruso, de la presencia con fuerza de la flota soviética en el Mediterráneo y de la ocupación de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, Norteamérica se convertía en campeona de una reducción de los efectivos desplegados a ambos lados del telón de acero.

—He aquí igualmente un país que, durante años, había tenido como línea de conducta establecer en Europa un sistema militar mixto, norteamericano-europeo, en el que la aportación atómica de los Estados Unidos era determinante que, de pronto, declaraba a los países de la Europa del Oeste que eran ricos, que tenían que aumentar su contribución financiera y militar para su propia seguridad e, incluso, en su día asumir solos su defensa. Pero ¿cómo hacerlo frente a una potencia dotada de la panoplia clásica y atómica completa sin esas armas nucleares que Norteamérica no había cesado de negar a sus propios aliados? A sabiendas de que nada representarían contra el formidable arsenal nuclear soviético, ¿por qué los gobiernos de la Europa del Oeste habrían de aumentar sus efectivos clásicos? Además, ¿cómo conciliar ese aumento con la reducción general de las fuerzas armadas estacionadas en Europa, que reclamaba esa misma Norteamérica?

Pese a la incoherencia de semejante actitud, los países europeos de la OTAN se asociaron inmediatamente a ella. Estaban dispuestos, y dispuestos siguen estando, a adoptar las iniciativas norteamericanas, incluso si son contrarias a sus intereses.

Una vez más, únicamente la Francia del general De Gaulle—y de su sucesor—se opuso a esa política norteamericana y se negó a participar en la conferencia sobre la reducción de fuerzas en Europa. Es verosímil que con el nuevo gobierno que se ha dado en mayo de 1974, no se resistirá du-

rante mucho tiempo a los envites norteamericanos y que, en ese ámbito como en otros, se sumará al rebaño de los países de la OTAN para renunciar a las ventajas de la política independiente que las modernas técnicas del armamento le permitían practicar fácilmente. Con la condición de que comprenda su significación, lo que parece no ser ya el caso.

Como sea, en lo que a Francia respecta, el proceso de relajamiento de la tensión y cooperación política y económica norteamericano-soviética, que caracterizó la política Nixon-Kissinger, asigna a la OTAN un nuevo papel. Mantener, desde luego, el *statu quo* territorial en lo que queda de Europa del Oeste, pero

— después de haber reconocido y legitimado las conquistas soviéticas y consagrado el carácter intangible de la autoridad que Moscú ejerce en los países satélites;

— con la condición de que los países de la Europa del Oeste, eventualmente en la unión y, de ser posible, en la desunión, se atengan a la dependencia, en todas sus formas, y que, por la índole de sus armas como por la política que practican, no estorben ni comprometan los intereses norteamericano-soviéticos, tales como en lo que atañe al istmo europeo, Washington y Moscú se acuerdan en definirlos.

Para que esta posición de las dos grandes potencias se materialice en los hechos, se trata:

— de conseguir neutralizar el armamento nuclear francés o, por lo menos, llevar a Francia a ponerlo al servicio de la Alianza, como se hizo con el británico desde un principio y por otras razones;

— de transformar las fuerzas armadas clásicas existentes en la Europa del Oeste en unidades puramente defensivas, incluso, de ser posible, en fuerzas de milicias, a fin de que el Continente desemboque en un aparato militar desprovisto de todo poder disuasivo, y susceptible siquiera de hacer frente a la enorme potencia nuclear y clásica de los países del Pacto de Varsovia;

— de dejar en Europa efectivos norteamericanos numéricamente reducidos, que desempeñen el papel de rehenes, a fin de sellar a un tiempo la dependencia de esa Europa con relación a los Estados Unidos y la supremacía militar de la URSS en el conjunto del Viejo Mundo.

El proceso de ejecución va por buen camino. Las negociaciones bilaterales, así como los encuentros multilaterales que se desarrollan actualmente, podrían llevar a la materialización progresiva de semejante plan.

2. LA EUROPA-PRESA Y LAS NEGOCIACIONES BILATERALES

2.1 Entre norteamericanos y rusos, las primeras conversaciones sobre la limitación de los armamentos estratégicos (o CLAS) se celebraron en noviembre de 1969.

De hecho, la carrera de los armamentos estratégicos, a la que pretendían poner término esas conversaciones, se habían iniciado unos diez años antes, muy verosímilmente a raíz de las desafortunadas disposiciones adoptadas por el presidente Kennedy, aparentemente víctima de su propia campaña —carente de fundamento— sobre el supuesto *missile gap* que afectaba a los Estados Unidos, cuando, en realidad, era por parte de la URSS donde estaba el retraso. A aquella época, en efecto, se remontan:

a) El lanzamiento de un plan norteamericano de superarmamento balístico, que duplicaba el número de misiles fijos y aumentaba en un 40 por 100 el de los artefactos lanzados por submarinos. A ese plan también parece responder un programa de armamento soviético que, a partir de 1967, ha inquietado suficientemente la Casa Blanca como para que el presidente Johnson reclamara la negociación con Moscú.

b) El estudio de la técnica de las cabezas nucleares múltiples dirigidas por separado, o no, cuya puesta a punto podía hacer temer que un día Norteamérica estuviera en condiciones de practicar una estrategia de coercición —es decir, que estuviera en condiciones de destruir preventivamente todas las armas nucleares del adversario, a fin de no tener que sufrir los efectos de réplica— en lugar de contentarse con una estrategia de disuasión².

Estos son dos hechos determinantes, no sólo para las dos potencias directamente interesadas, sino para el resto del mundo, y singularmente para los países de la Europa del Oeste.

He aquí por qué:

1. Porque llevan a simetría de situación, y que lo que busca —o parece buscar Norteamérica—, Rusia se lo propone igualmente y viceversa. El fenómeno acción-reacción entra en juego. Por pretender cada uno la superioridad numérica respecto al otro —aunque haya perdido toda significación militar—, es la escalada ininterrumpida, sin que se sepa cómo ponerle término. De ahí la dimensión de los arsenales balísticos-nucleares respectivos,

² Cuyos objetivos sólo son las principales ciudades del adversario.

que exceden con mucho los medios necesarios para la sola disuasión, sin que se pueda alcanzar nunca los de la coerción. Es decir, que no tienen fundamento militar. Políticamente, en cambio, y para los no iniciados (o sea para el 99 por 100 de las opiniones públicas), esa enorme acumulación de medios de destrucción conserva su valor de antaño y confiere a las dos grandes potencias un papel determinante que no siempre está justificado.

2. Porque el misil de cabeza múltiple escapa a todo control que no esté *in situ*. Ahora bien: Washington lo mismo que Moscú no aceptan el control sino a partir del espacio. Pero, cualquiera que sea la precisión de sus respectivos satélites, éstos no pueden decir si, debajo de la losa de cemento armado que lo cubre, hay disimulado un misil con una cabeza nuclear o diez, incluso veinte cabezas distintas, susceptibles, por consiguiente, de atacar bien un objetivo, bien diez o veinte objetivos distintos.

Por imponerse imposible todo control, el acuerdo de Moscú de mayo de 1972 no aludió a la cuestión, si bien limita el número de misiles balísticos norteamericanos y rusos, incita a la multiplicación de las cabezas nucleares y, por consiguiente, contrariamente a su objetivo, anima al incremento del potencial de destrucción de cada uno de los dos «grandes».

Tan cierto es que los norteamericanos mismos facilitan las cifras siguientes de la evolución de su arsenal balístico:

1962, 3.460; 1970, 4.170; 1.973, 7.630; 1974, 9.734.

Por tanto, no hay limitación, sino aumento. Y por ambas partes, aumento del número de objetivos simultáneamente destruibles, siendo el de los soviéticos todavía más espectacular.

Para Europa, esto significa que la rivalidad norteamericano-rusa acaba de desembocar en la creación en Eurasia de una formidable disparidad numérica en materia de potencial de destrucción. Y que ya no puede abrigarse esperanza alguna de equilibrio, en el sentido antiguo del término.

Pero el Acuerdo de Moscú de mayo de 1972 tiene también otras consecuencias:

a) Concede a los soviéticos una superioridad numérica sobre los norteamericanos en más del 60 por 100 por lo que concierne a los misiles balísticos fijos y del 50 por 100 en cuanto al número de submarinos nucleares lanzamisiles.

El señor McNamara decía que era la superioridad numérica de los norteamericanos la que les permitía ser garantes de la seguridad de sus aliados europeos. ¿Qué piensa hoy de esto el señor Kissinger?

b) Convierte el control a partir del espacio en instrumento político y diplomático, ya que la aplicación del Tratado de Moscú depende de él. En adelante, todo acuerdo internacional que suponga comprobaciones o que implique coacciones materiales, podrá ser —o será—objeto de un control espacial, control que sólo puede ser norteamericano o ruso. *Imagina uno la situación de dependencia en la que van a hallarse los demás Estados, privados como lo están de medios de control semejantes. Esto es particularmente verdad para los Estados europeos, aunque sólo fuera para la aplicación de las cláusulas de un eventual acuerdo sobre la reducción de las fuerzas armadas desplegadas en Europa.*

c) Concede a las armas móviles, esencialmente submarinas, una importancia capital. La multiplicación de cabezas nucleares lanzadas por un solo misil permitiría considerar la destrucción preventiva de los misiles del adversario, pero no de las armas móviles que al no poder ser identificadas, localizadas y destruidas simultáneamente, se convierten en garantes de la disuasión mutua, es decir, del no recurso a la fuerza entre los dos «grandes».

Por ello, con ayuda de la técnica, los submarinos nucleares y los misiles que lanzan están en vías de registrar marcas incrementadas. Con el nuevo programa norteamericano «Trident», el alcance de los misiles balísticos que dispare ese nuevo tipo de submarinos alcanzará 8.500 kilómetros, en una primera fase, y más de 10.000 en la segunda (en lugar de los 4.500 km. de los «Poseidon» actuales). Por su parte, los soviéticos han emprendido el mismo camino y, en vez de tener proyectiles que alcanzan 2.400 km., sus submarinos serán dotados de nuevos misiles cuyo alcance es de cerca de 7.000 kilómetros. Semejante evolución de las técnicas del armamento tiene, para la Europa del Oeste, por lo menos dos consecuencias importantes:

— Las flotas submarinas norteamericanas ya no tendrán que patrullar a relativa proximidad de Eurasia. Desde aguas norteamericanas, desde el sur del Océano Indico y desde las aguas de Australia, el territorio soviético estará bajo la amenaza de sus misiles. Las bases que la U. S. Navy mantiene en España y Escocia, ya no serán necesarias. Y, a la retirada de las fuerzas terrestres norteamericanas estacionadas en Europa, se corresponderá la retirada de las instalaciones navales de los Estados Unidos en la Europa del Oeste.

— Otra consecuencia, tan determinante para la seguridad de los países de la Europa del Oeste como la anterior: los submarinos soviéticos, con su alcance balístico triplicado, ya no tendrán que efectuar sus cruceros de di-

suasión cerca del mar del Caribe o a relativa proximidad de las costas californianas. Se replugarán a aguas próximas a Europa. El Báltico, el mar del Norte, incluso la Mancha del Norte, el golfo de Gascuña y el Mediterráneo, el mar Rojo, el norte del Océano Indico, el Sur y el Este, se convertirán, con el mar de Ojostk, en su zona de patrulla.

Es decir, que Moscú no consentirá allí interferencia alguna de terceras potencias, singularmente en lo que atañe a las actividades submarinas y antisubmarinas.

En interés mismo de la disuasión nuclear mutua, norteamericana y soviética, Washington y Moscú tienen interés en que sus respectivos submarinos estén protegidos y que evolucionen en las condiciones de seguridad y secreto necesarios para el cumplimiento de su misión. Incluso en perjuicio de los intereses estratégicos de los países de Europa. Por tanto, hay que estar a la espera de una especie de conclusión entre Moscú y Washington para que vivan y «sobrevivan» los principales instrumentos de su respectivo aparato disuasivo. En el transcurso de las sesiones de la segunda fase de las CLAS, esa cuestión ha sido probablemente discutida en serio.

Ciertamente, la cuarta guerra israelo-árabe ha roto el encanto, y las relaciones norteamericano-soviéticas se han aflojado un tanto. Antes del conflicto, la mayor parte de los expertos norteamericanos proponían que en la segunda fase de las CLAS se tratara de la reducción del compromiso nuclear en Europa. Del otro lado del Atlántico parecía admitirse el argumento soviético, según el cual las armas llamadas tácticas de los Estados Unidos podían los rusos considerarlas como estratégicas, mientras que, por lo que respectaba al territorio norteamericano, no resultaba lo mismo con las armas tácticas soviéticas. *Se tendía, pues, hacia el restablecimiento de una situación de simetría que dejaba al descubierto la Europa del Oeste*, sin por ello comprometer la seguridad del territorio norteamericano.

Por consiguiente, se podía «regatear» por lo menos dos tipos de fuerzas norteamericanas:

— Las «bases avanzadas» o *forward base system*, donde están almacenados materiales (aéreos o navales) susceptibles de llevar el fuego nuclear hasta Rusia soviética.

— Las aproximadamente 7.000 cabezas nucleares desplegadas en los territorios de la OTAN, y de las que está claro, dicen hoy en día la mayor parte de los expertos norteamericanos, que ningún presidente de los Estados Uni-

dos podrá jamás dar orden de que se utilicen contra los rusos. Por tanto, mejor es retirarlas de Europa y, en contrapartida, conseguir de los soviéticos algunas compensaciones estratégicas.

Cabe asimismo un entendimiento sobre la prohibición de las experiencias atómicas subterráneas. Desde el tratado de 1963 de prohibición de las experiencias en la atmósfera, rusos y norteamericanos han multiplicado sus pruebas subterráneas, hasta unas cuarenta explosiones experimentales en un año (1970)³. Es posible que cada uno haya hecho acopio suficiente de datos científicos y técnicos como para que ahora les resulte mutuamente beneficioso «cerrar la puerta» a nuevas pruebas, lo que garantizaría para siempre su adelanto. La cuestión se evocó reiteradamente en vísperas del encuentro Breznev-Nixon de finales de junio de 1974. Sería un nuevo modo de reforzar el monopolio de los dos «grandes», eventualmente en perjuicio de los intereses de los demás Estados, empezando por sus aliados o satélites respectivos.

Así, a falta de poder llegar a un acuerdo sobre una verdadera limitación de sus arsenales balísticos, las dos grandes potencias tratan de entenderse a costa de los demás países. Y singularmente de los países de la Europa del Oeste. Naturalmente, los gobiernos interesados no participan en una negociación de la que, no obstante, depende el destino de su país.



2.2 El acuerdo norteamericano-soviético de junio de 1973 sobre la «prevención de la guerra nuclear» tiene igualmente aspectos inquietantes en cuanto a la seguridad de los países de la Europa del Oeste y el papel que les corresponde desempeñar en el mundo.

Ya el artículo 1.º da que pensar:

«Las partes convienen actuar de modo a prevenir el desarrollo de situaciones que amenacen con provocar una peligrosa tensión en sus relaciones (al tiempo que el señor Breznev firmaba ese texto, mandaba entregar unos 50.000 carros de combate a sus aliados del Próximo Oriente, lo que no era para "prevenir el desarrollo de situaciones que amenazan con provocar una peligrosa tensión en sus

³ De las cuales, sólo en los Estados Unidos, seis explosiones «filtraron» fuera del suelo con expansión de materias radiactivas en la atmósfera. Idéntica contaminación radiactiva el 23-III-1971, debido a una fuerte explosión subterránea soviética.

relaciones")... y a evitar enfrentamientos militares e impedir el estallido de una guerra nuclear entre ellas y entre *una u otra de las partes y otros países.*»

Es decir, que, si anegados por el número, los países nucleares de la Europa del Oeste se vieran llevados a recurrir al átomo, ¿tomaría Estados Unidos partido contra ellos? El artículo 6, que estipula que «nada en este acuerdo debe comprometer el derecho nacional a la autodefensa individual o colectiva...», parece decir lo contrario. Pero no puntualiza si ese «derecho natural» puede ejercerse todavía con el átomo. *Y como frente a una enorme superioridad clásica y nuclear, no hay otra salida que la disuasión atómica, cabe pensar que el artículo 1.º del Tratado de 1973 presenta aspectos inquietantes para la seguridad de los países de la Europa del Oeste.*

En cuanto al artículo 4.º, instaura el condominio norteamericano-ruso en el mundo. En efecto, en él se lee que «en el caso... de que las relaciones entre las partes parecieran incluir un riesgo de guerra nuclear entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética o entre una de las partes y otros países, los Estados Unidos y la Unión Soviética, actuando conforme a las estipulaciones de este acuerdo, se comprometen a concertarse de urgencia y a desplegar todos sus esfuerzos para prevenir ese riesgo».

A finales de la guerra del Kipur, la «alerta» del 25 de octubre reveló al mundo cómo era posible interpretar ese artículo 4.º para arreglar, entre dos, la cuestión del Próximo Oriente. Se transforma un incidente trivial, el hecho de que las tropas israelíes no estuvieran en el punto concertado de la carretera de El Cairo, en cuestión de la mayor importancia, movilizándolo la «Strategic Air Command» —cuya misión es incinerar a Rusia—. Tan pronto como el artículo 4.º entra en vigor, puesto que hubo una apariencia de amenaza nuclear, entre dos «hay concertación de urgencia», apartando cualquier otra participación en el arreglo del conflicto. *Empezando por la de los Estados de Europa que estimaban todavía tener intereses en esa región del mundo.*

Así, pues, el asunto del 25 de octubre mostró que uno de los dos «grandes» siempre podía «componérselas» para que las «relaciones entre países que no son parte en ese acuerdo» parecieran llevar a un intercambio de andanadas nucleares entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Ya que, casi unánimemente, el mundo ha sido lo bastante necio como para creer, durante más de un cuarto de siglo, que determinadas crisis

podían desembocar en una guerra entre «grandes», y también para admitir que se trataría de una conflagración generalizada; dado que los estadistas y las opiniones han carecido hasta tal punto de imaginación, que han aplicado a la era nuclear las recetas y ejemplos del pasado, a explotar, sea dicho, semejante falta de clarividencia.

Y mencionando la precariedad de un *statu quo*, de hecho perfectamente estable, se ha hecho creer que sólo la voluntad de los dos gobiernos puede evitar a la Humanidad el cataclismo termonuclear. He aquí algunos ejemplos de la utilización política del Acuerdo de junio de 1973:

— Por estar el submarino nuclear lanzamisiles en trance de ser el arma determinante, cabe imaginar que un día, buscando el acceso a los mares libres, la Unión Soviética, a pretexto de disturbios que se produjeran en Marruecos, interviniera para ayudar a la instauración de un régimen que le fuera favorable.

Acto seguido, Washington denunciaría una maniobra que amenazaría directamente importantes intereses norteamericanos en el Mediterráneo y daría a entender que se corre un riesgo de *casus belli* y que el artículo 4.º del Tratado de junio de 1973 impone la concertación entre los dos. Y el asunto quedaría resuelto sin que ninguno de los países directamente interesados, en particular los ribereños del Mediterráneo occidental, tuvieran nada que decir, por lo menos con alguna probabilidad de ser oídos y atendidos.

— También podría ser que al desaparecer el presidente Tito, los servios reclamaran la asistencia del ejército ruso a fin de mantener la unidad nacional, amenazada por las diferentes etnias, más o menos artificialmente unidas bajo la autoridad de Belgrado.

Hábilmente llevado por Moscú, el asunto colocaría a Washington ante un dilema: o bien inclinarse admitiendo que Yugoslavia pertenece a la zona en la que se ha convenido aplicar la doctrina de Breznev—en una u otra forma—, o bien, por el contrario, dar fingidas muestras de querer blandir el átomo, invocando una inadmisibles alteración estratégica (flota rusa en el Adriático con sólidas instalaciones portuarias, amenaza directa contra Albania e Italia, Grecia aislada, etc.) a fin de llevar a la aplicación de las cláusulas del artículo 4.º Se negociaría entre dos.

Dado que, de un lado, estarían los soviéticos altamente interesados en el éxito de una empresa preparada desde hace tiempo, referida a un país

socialista, claramente pro ruso para una parte de su población, y del otro lado, los norteamericanos interviniendo en un asunto que acaecería a miles de kilómetros de su territorio y en una región donde su influencia es escasa, el desenlace del pleito apenas si plantea dudas.

Los Estados de la Europa occidental—pese a estar todos directamente afectados por la operación—no podrían oponerse. Ni con palabras ni a mayor abundamiento con alguna intervención susceptible de defender sus intereses.

— Y si mañana el sha de Persia viniera a desaparecer y que, preocupados de prevenir una dominación soviética, los Estados Unidos intentaban anticiparse a los contingentes del Ejército rojo, Moscú a su vez estaría en derecho de protestar, de aludir al «riesgo de guerra nuclear» y reclamar la aplicación del artículo 4.º del Acuerdo de junio de 1973. De nuevo el destino de Irán lo decidirían entre dos. Y todos los puntos calientes del mundo—y son numerosos—podrían ser objeto de un análisis similar.

— El caso particular de las fuerzas nucleares francesa y británica es también susceptible de examen en el marco del Acuerdo norteamericano-soviético. Si a consecuencia de una transformación de la situación en la Europa occidental y en razón de acontecimientos político-militares difíciles de precisar actualmente, Francia estuviera directamente amenazada por fuerzas clásicas muy importantes, los dos «grandes» podrían entenderse para aplicar inmediatamente el artículo 4.º, a fin de intentar paralizar una reacción de la que dirían (erróneamente) que «implica el riesgo de una guerra nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética».

Por supuesto, la «parte» amenazadora no habría respetado el artículo 2. Pero esto sería un hecho consumado—como sucedió en el Próximo Oriente—y la negociación la llevarían entre Washington y Moscú, partiendo del hecho consumado y no de la situación anterior. En nombre del realismo fingido en semejantes circunstancias, y en caso de acatar, Francia sería la que pagase la cuenta de esa interpretación del Acuerdo de junio de 1973.



2.3 Con relación a la seguridad europea, la cuarta guerra israélo-árabe tuvo dos efectos contrapuestos:

— de una parte ha disipado, por lo menos parcialmente, las ilusiones que abrigaban los Estados Unidos respecto al relajamiento de la tensión;

— de otra, ha evidenciado la dependencia de los países de Europa en lo que atañe a la energía y los suministros de materias primas.

En suma, la cuarta guerra israelo-árabe ha demostrado:

— que, visto desde Moscú, el relajamiento de la tensión era más una táctica que objetivo de una política a largo plazo. Las negociaciones bilaterales o multilaterales con la Unión Soviética resultarán, pues, más difíciles. Y en los Estados Unidos mismos serán más numerosas y fuertes las reservas con relación a una política exterior de concesiones, destinada, mediante aparentes éxitos diplomáticos, a remediar una situación interior difícil;

— que no había complementariedad entre Europa y Norteamérica, sino más bien competición. Desprovistos de materias primas y energía, los países de la Europa del Oeste iban a rivalizar con los Estados Unidos para conseguir en el exterior los recursos indispensables para su industria. Transformadores de materias primas, los países de la Europa del Oeste, antes que complementarios, están en competición con Norteamérica en los mercados exteriores. A la inversa, los Estados productores de petróleo y la Unión Soviética se imponen mucho más indispensables para el desarrollo de la industria y la economía norteamericanas.

Ya antiguas, la guerra del Kipur evidenció tales verdades y las opiniones públicas tomaron consciencia de ellas.

La revista *National Geographic* de junio de 1974 publicaba dos mapamundis particularmente elocuentes:

— en el primero, los países estaban representados con dimensiones proporcionales a sus recursos petroleros. Arabia Saudita, Irán y Kuwait ocupan por sí solos una superficie muy superior a la del resto del mundo;

— en el segundo mapamundi, los diferentes Estados están representados en función de su consumo de petróleo. Y allí se dice, por ejemplo, que en los Estados Unidos el 5,5 por 100 de la población mundial consume el 31 por 100 de la totalidad del petróleo producido. En 1980, para una población apenas superior, la Europa del Oeste superará el consumo norteamericano actual y, por consiguiente, será aún más dependiente que en la actualidad de los recursos exteriores.

Estas comprobaciones han facilitado a los norteamericanos una nueva dimensión de Europa —y del Japón—. Lo menos que puede decirse es que esa nueva imagen de esta parte del Viejo Mundo no es favorable a sus intereses. Se comprende mejor entonces el comportamiento del Departamen-

to de Estado respecto a él a finales del año 1973 y también las sucesivas capitulaciones de los países de la Europa del Oeste, sea en Bruselas, sea en Ottawa.



En el plano militar, la cuarta guerra israelo-árabe es igualmente rica de enseñanzas en cuanto a la seguridad y al papel asignado a los países de la Europa del Oeste.

— Se trata sin duda del primer conflicto, durante el que los beligerantes mismos estaban menos bien informados de la evolución del enfrentamiento que las dos potencias que apoyaban a cada uno de los dos campos. Gracias a sus satélites de reconocimiento, Washington y Moscú seguían la batalla y decidían en consecuencia sobre los suministros a efectuar.

— Tan considerable ha sido la cantidad de material comprometido en la lucha, que solamente industrias de armamento, tales como la de los Estados Unidos y, sobre todo, la gigantesca de la Unión Soviética, estaban en condiciones de asegurar el suministro y renovación. Los países de la Europa del Oeste en tiempo de paz, incluso de relajamiento de la tensión, serían absolutamente incapaces de producir semejante cantidad de material de combate.

— Las pérdidas en material han estado a la medida de la masa de armamento utilizado y del poder destructor de las nuevas armas soviéticas puestas por obra por egipcios y sirios. Los países de la Europa del Oeste no podrían constituir *stocks* destinados a renovar material destruido con semejante ritmo durante una guerra de desgaste que se prolongara solamente durante unas semanas.

Por ello la cuarta guerra israelo-árabe ha demostrado la imposibilidad en que se encuentran los países de la Europa del Oeste de contemplar su defensa con armamento clásico. Contrariamente a los criterios norteamericanos, británicos y rusos, curiosamente coincidentes en tal circunstancia, ninguno de los países de la Europa del Oeste, ni coalición alguna occidental, serían capaces, frente al arsenal soviético, de reunir un armamento clásico que siquiera fuese equivalente en cantidad e incluso, en ciertos ámbitos, en calidad al de los rusos.

Fundar la seguridad de la Europa del Oeste en una defensa y, posteriormente, una resistencia clásica, es una peligrosa ilusión. Conforme a los intereses soviéticos y norteamericanos, sería una postura funesta para Europa.

De esas negociaciones bilaterales y de los acuerdos que, directa o indirectamente, resultan de los mismos, dos consecuencias se imponen a los europeos:

- 1) Dominados ambos por consideraciones de política interior:
 - el comportamiento de John Kennedy, que comprometió a su país en la vía del superarmamento, y
 - el de Richard Nixon, que fue de concesión en concesión en sus negociaciones con el Kremlin, han legitimado y posteriormente consagrado la omnipotencia militar de la Unión Soviética, convertida, y con mucho, en el país más fuertemente armado del mundo.

Así se ha creado en Eurasia un formidable desequilibrio cuyos efectos sólo puede neutralizarlos el átomo, en el Oeste como en el Este. Pero si China es dueña de su destino, ya no es éste el caso de los países de la Europa del Oeste, a los que se discute el derecho a disponer en propio de los medios de su seguridad.

- 2) Para los países de la Europa del Oeste, el balance de la cuarta guerra israelo-árabe es singularmente gravoso:

- ha puesto en práctica los mecanismos de aplicación del tratado norteamericano-ruso de junio de 1973, en perjuicio del papel e intereses de los países de la Europa del Oeste;
- ha evidenciado los privilegios que las dos grandes potencias sacan de su dominio del espacio;
- ha llevado a Norteamérica misma a negociar la apertura del Canal de Suez, aun cuando bien parece que sean los soviéticos los beneficiados, aunque sólo fuera para ejercer más fácilmente su control de las rutas marítimas del petróleo y disputar mejor a China su penetración en el África oriental;
- finalmente, ha demostrado la inanidad de una defensa de los países de la Europa del Oeste, basada en armas clásicas. Semejante armamento, aparte de que no surtiría efecto alguno contra el fuego nuclear, no podría ni construirse, ni reunirse, ni utilizarse, ni siquiera conservarse y substituirse en cantidades suficientes por los países de la Europa del Oeste, cuyas economías dependen del exterior para la energía y materias primas, mientras que sus industrias están total-

mente orientadas hacia la producción de bienes de consumo. ¿Y cómo recurrir a las armas clásicas, utilizadas en una guerra de desgaste, si el petróleo está en otras manos, a un tiempo en cuanto a fuentes y en cuanto a rutas de suministro que lo llevan a Europa?

Cuando se trata de la seguridad de la Europa del Oeste, las contradicciones son evidentes entre:

- el gigantismo militar de los soviéticos consagrado en Moscú en 1972 y 1974 y el desarme occidental—y europeo—a que conduce la táctica soviética del «relajamiento de la tensión»;
- la preocupación de los norteamericanos—y, naturalmente, de los rusos—por ver que la OTAN asuma la defensa de la Europa del Oeste con medios únicamente clásicos y la facultad que tendrían los soviéticos de neutralizar instantáneamente el aparato militar correspondiente utilizando el átomo. Y lo utilizarían tanto más impunemente cuanto que los europeos no tendrían la posibilidad de replicar con las mismas armas;
- admitiendo que los soviéticos se avinieran a que se les resistiese con fuerzas clásicas, sin por ello utilizar el átomo para vencer inmediatamente, y haciendo esa apuesta que nada justifica, queda todavía la contradicción entre el enorme aparato industrial (y los gastos apropiados) indispensable para equilibrar únicamente las fuerzas clásicas del Este y la realidad de una industria occidental de tiempo de paz, toda ella orientada hacia la producción de bienes de consumo y absolutamente incapacitada para rivalizar con la industria pesada de los países del Pacto de Varsovia;
- otra contradicción más que la resultante de la dependencia energética a la que están sometidos los países de la Europa del Oeste, es que una guerra de desgaste, con las armas clásicas, exigiría considerables cantidades de petróleo. Si las fuentes de ese tipo de energía están fuera de Europa, las rutas por las que llegarían a los teatros de operaciones están ahora bajo control del adversario.

Tales contradicciones subrayan la incoherencia de la posición occidental en materia de seguridad y defensa.

Mientras no se le aporte remedio, el mantenimiento, cuando menos de un *statu quo* territorial, seguirá siendo ilusorio. No dependerá de los principales interesados, sino del gobierno soviético.

3. LAS NEGOCIACIONES MULTILATERALES

3.1 *La Conferencia de Seguridad y Cooperación europea*

En esos encuentros, los negociadores de los países del Oeste europeo tienen por lo menos la sensación de que pueden discutir ellos mismos de su destino. De hecho, ésta es más la apariencia de las cosas que su realidad, por cuanto las dos grandes potencias llevan el juego con sus contactos directos.

Tan cierto es, que el comunicado de 3 de julio de 1974 sobre los Acuerdos firmados en Moscú por los señores Breznev y Nixon puntualiza que:

«Las dos partes expresan el convencimiento de que una feliz conclusión de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa constituirá un acontecimiento importante en cuanto al establecimiento de una paz duradera. Ateniéndose a esa esperanza, los Estados Unidos y la Unión Soviética desean que la Conferencia llegue rápidamente a su término. Las dos partes estiman igualmente que los resultados de la negociación permitirán que la Conferencia concluya al más alto nivel, lo que correspondería a su carácter histórico en cuanto al futuro de Europa y otorgaría mayor autoridad a las decisiones adoptadas durante la Conferencia...»

Es claro, ese texto significa que el señor Nixon, una vez más, ha menospreciado los intereses de los países de la Europa del Oeste, conformándose a los deseos soviéticos de ver la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa concluir «al más alto nivel», a fin de que sean definitivamente consagradas con espectacularidad:

- las conquistas militares rusas en la Europa occidental debidas a la segunda guerra mundial;
- el dominio político y militar de los soviéticos sobre los Estados satélites de la Europa del Este.

Así resultaría ratificado por Occidente mismo un estado de hecho del que se estimaba, hace sólo unos quince años, que era inaceptable. Así se contraponen el presidente de los Estados Unidos a los criterios expuestos por el presidente Pompidou, quien se negó a que la Conferencia llamada de Seguridad y Cooperación europea sirviera al reconocimiento oficial de con-

quistas territoriales de los soviéticos y al control definitivo que entienden ejercer sobre decenas de millones de no rusos. Pero las cuestiones de política interior norteamericana se imponen sin duda dominantes y, a falta de poder llegar a un acuerdo sobre el armamento estratégico de los dos países, era inexcusable que el presidente Nixon trajera de su viaje un texto de acuerdo. Este se ha logrado, como es hábito, en perjuicio de los intereses europeos.

Llamar las conversaciones de Helsinki y Ginebra una Conferencia sobre la seguridad europea ya era una impostura.

¿Qué puede significar el término «seguridad europea» cuando, en el continente mismo, en Europa misma, se ha organizado el más formidable aparato militar de todos los tiempos, y que enfrente no existe prácticamente nada, a no ser un potencial de destrucción que depende de otro continente y que, por remate, está al servicio de otros intereses que los de Europa?

Cualesquiera que sean las conclusiones en que desemboquen las conferencias, cualesquiera que sean las medidas de «liberalización» finalmente conseguidas de los rusos, cualquiera que sea el nivel al que se firme el acta final de la Conferencia, los países de la Europa del Oeste nada saldrán ganando en cuanto a su seguridad y el mantenimiento de su *statu quo* territorial y político. Únicamente habrán reconocido la ampliación del ámbito del imperio soviético, legitimado las conquistas del Ejército rojo y ratificado su dominación política y militar sobre los Estados satélites.

3.2 Conferencia sobre la reducción mutua de las fuerzas situadas en Europa

El comunicado del 3 de julio de 1974 la alude igualmente:

«Las dos partes ... conceden, por consiguiente, importancia a las negociaciones en curso sobre la reducción mutua de fuerzas (a petición de los soviéticos desistieron de la noción de «equilibrada») y armamentos y sobre las medidas asociadas a esas reducciones en la Europa central ... negociaciones en las que participan. Las dos partes expresan la esperanza de que esas negociaciones desembocarán en decisiones concretas que aseguren una seguridad no disminuida de todas las partes (contratantes) o impidan una ventaja militar unilateral.»

Una impostura más: ¿cómo, habida cuenta del monolitismo político de los rusos, de su vasta superioridad militar, de la posición que ocupan en el mapa con relación a Europa, de la de los norteamericanos, únicos garantes

de esa porción de Europa, cómo se puede mencionar una reducción de fuerza—y la desmovilización de las mentes que acompaña—que no beneficiara a Moscú?

Se ha dicho, la iniciativa es de origen norteamericano. El traumatismo asiático actuando como refuerzo, los Estados Unidos deseaban a un tiempo reducir los riesgos inherentes a su compromiso en Europa y reducir los gastos originados por su contribución a la OTAN.

El propósito era singular:

1. Porque Norteamérica, hasta entonces, había fundado la salvación de la Europa del Oeste en un aumento de sus efectivos armados. Y he aquí que reclamaba su reducción.

2. Porque los Estados Unidos, si bien pretendían reducir su propia contribución militar a la OTAN, querían que sus aliados de Europa, en compensación, aumentaran los suyos. Pero, ¿cómo no seguir el ejemplo norteamericano? ¿Cómo no tomar en cuenta el clima de relajamiento de la tensión creado por las conversaciones norteamericano-soviéticas? Y ¿por qué incrementar los gastos militares dedicados a armamentos clásicos cuando no tienen significación frente al arsenal atómico y clásico de los soviéticos?

3. Porque la Conferencia sobre la reducción de fuerzas en Europa no interesa sólo a las dos grandes potencias, sino al conjunto de países de la OTAN y del Pacto de Varsovia, y que no se concibe incrementar los gastos militares cuando se está en el trance de negociar su reducción.

El objeto mismo de tal negociación no es lo importante para el destino de Europa. De todos modos, en materia de relación de fuerzas clásicas, es decir, en un ámbito en que, a la inversa de lo nuclear, la relación de las fuerzas armadas conserva un sentido, el Este siempre predomina. Lo peligroso, son las ilusiones que originan semejantes negociaciones y el estado de ánimo a que conducen.

En efecto, creer—y hacer creer a las opiniones públicas—que la reducción mutua de 10, 20 e incluso 30 por 100 de las fuerzas armadas desplegadas en Europa origina para el Oeste una situación militarmente más segura, es también otra impostura.

Es especular con conceptos de un pasado reciente en el que, efectivamente, un repliegue o una reducción de efectivos tenía significación estratégica. Actualmente, nada hay de eso. El fuego nuclear puede ser decisivo sin que masas armadas entren en acción. El aerotransporte y la motoriza-

ción permiten el desplazamiento rápido de las fuerzas de ocupación, una vez conseguido, mediante el átomo, el derrumbamiento de toda resistencia.

Del otro lado del Atlántico parecen decididos a dotar a la Europa del Oeste de un estatuto especial, bastante conforme a los deseos de los soviéticos. Un antiguo alto funcionario del Departamento de Estado, el señor S. Wyle, durante el tiempo especializado en las cuestiones de seguridad europea, publicó antes de la guerra del Kipur un texto particularmente significativo. Tal dice en sustancia:

— El señor Wyle estima en primer término que los europeos han aceptado la división de Alemania y que de ello resulta una disminución de la tensión entre el Este y el Oeste. Por tanto, desde la gran capitulación norteamericana, hay que avenirse a razones y el Occidente ya nada puede. No se ha alzado contra las reiteradas intervenciones armadas de los rusos que trataban de reforzar su control político sobre Alemania del Este, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, y ahora se evidencia que la URSS puede imponer sus criterios políticos a la Europa del Este sin que el Oeste intervenga. Las conquistas de la última guerra, por tanto, están admitidas y a nadie se le ocurrirá ponerlas de nuevo en cuestión, no más que la aplicación de la doctrina Breznev a los países socialistas que constituyen la explanada al oeste del bastión moscovita. En otros términos, estima el señor Wyle, seamos realistas y negociemos partiendo de esa adquisición de los soviéticos.

— Seguidamente, prosigue el señor Wyle, hay que llegar a una real reducción mutua y equilibrada —todavía era el caso— de las fuerzas situadas en Europa. Bajo la égida de las RMBF, se ratificará un nuevo *statu quo* político —conforme a los deseos de los soviéticos—. Para los Gobiernos occidentales, no existe otra solución, admitiendo que hubieran deseado un arreglo más favorable, agrega el señor Wyle, quien puntualiza, que, por el atajo de las reducciones de efectivos es cómo se ratificará determinado estado de hecho en Europa.

— Finalmente, el antiguo alto funcionario norteamericano parece hacer suya la tesis soviética. En Europa, dicen los rusos, la situación no es tal que imponga la presencia de importantes fuerzas armadas norteamericanas. En cambio, necesita crecidos contingentes soviéticos. ¿Quién mantendría el orden en los Balcanes, la olla balcánica? ¿Tiene interés la Europa del Oeste en ver a una poderosa Alemania del Este libre del control militar que allí ejercen los soviéticos?

En otros términos, la estabilidad en Europa depende de los soviéticos. A medida que los norteamericanos se desinteresan de ella, el papel de Moscú irá creciendo. Y así será por mucho tiempo. Y —agrega también el señor Wyle— crecido número de europeos —del Oeste— conceden considerable valor a esa posición soviética. Según la forma en que queda expuesta, bien parece que no sólo la suscriben un «crecido número de europeos».

Después de semejante preámbulo, el resto de los criterios del señor Wyle no tiene por qué sorprender⁴.

Según él, es preciso desistir de negociar con los rusos sobre la base de paridad numérica y sencillamente entenderse para sólo mantener en Europa fuerzas armadas (norteamericanas y europeas) desprovistas de capacidades ofensivas.

Ya no se mencionaría la reducción mutua y equilibrada de las fuerzas armadas en Europa, sino el «despliegue mutuo de fuerzas defensivas» o DMFD en lugar de RMBF, como se había convenido con el Oeste antes de arrostrar los negociadores soviéticos:

«Entre las tendencias que se manifiestan —escribe el señor Wyle— figuran el costo creciente del personal, la supresión del servicio militar obligatorio por doquier en el Oeste, excepto en Alemania Federal (?), y la reducción patente que ha de resultar para las fuerzas armadas occidentales. Esa tendencia implica que se confíe más en las fuerzas de la reserva, en la movilización y en los esfuerzos rápidos, es decir, en todas las fórmulas con que planificadores militares previsores sustituyan a las fuerzas de primera línea de vez en vez más reducidas.

Intelectualmente (?) los alemanes ya se han comprometido a implantar un sistema de fuerzas de primera línea reducidas y, en su apoyo, unidades de reserva cuya función fuera esencialmente defensiva, carentes de equipos pesados, dotadas de menor movilidad, con menos blindados, con personal que recibiera la enseñanza correspondiente hasta constituir un conjunto semejante al de una milicia...»

Después de declarar, contra toda evidencia, que los Estados Unidos adoptarían también semejante organización y que los soviéticos disponían desde

⁴ FREDERICK S. WYLE: «European Security: Beating the Number Game», *Foreign Policy*, primavera 1973, núm. 10.

luego de un número enorme de divisiones—pero que éstas eran esqueléticas—, el señor Wyle prosigue en estos términos:

«... Restricciones presupuestarias y la falta de efectivos—el señor Wyle no menciona los dos o tres años de servicio militar tal como se practica en la URSS—imponen (a los países europeos) fuerzas de primera línea reducidas, es decir, menos dispuestas a poder pasar a la ofensiva...

... Es posible decir que determinados armamentos, por definición, son más defensivos que otros. Por ejemplo, los dispositivos antiaéreos fijos o de movilidad limitada son por naturaleza más utilizables para la defensa que para el ataque. Otro tanto sucede con los cañones antitanques comparados con los tanques para los obstáculos alzados ante los vehículos de transporte de personal. Los blindados y la movilidad que los caracteriza están más indicados para el combate ofensivo que las trincheras, las líneas de obstáculos y los atrincheramientos en los puntos de resistencia puramente defensivos...

... Es de observar que los armamentos ofensivos son, con mucho, más costosos y que las unidades organizadas para el ataque cuestan más que las destinadas a la defensa.»



— En un primer tiempo se niega a los países de Europa el derecho de asegurar su seguridad con armamentos contemporáneos y se les impone que se atengan a los de ayer. Así norteamericanos y rusos limitan sus propios riesgos y la Europa del Oeste es «desantuarizada». Se convierte de nuevo en tierra que se disputa. Si en ella se produjera un enfrentamiento, sería sin peligro, no se llegaría al átomo. La propuesta es norteamericana. Conforme a los deseos de los rusos, pasa a ser la postura de los dos «grandes».

— En una segunda etapa, se desmoviliza todavía más lo que pudiera subsistir de veleidades de defensa en los europeos del Oeste. Sus territorios tendrían un estatuto militar especial. Sólo dispondrían de tropas y armas defensivas. La fórmula de las milicias se generalizaría, los ejércitos en activo desaparecerían poco a poco y se recurriría a los reservistas.

Enfrente, el trueno termonuclear, los miles de misiles balísticos y los aviones de bombardeo, las decenas de miles de carros de las fuerzas sovié-

ticas, el conjunto utilizado con la velocidad del relámpago, como lo escribía el mariscal Sokolowski.

La propuesta no es acaso todavía la del gobierno norteamericano. Sólo emana de uno de sus antiguos funcionarios, durante mucho tiempo especializado en cuestiones relativas a la «seguridad» de Europa.



Echar la cuenta de las grandes unidades terrestres que están frente a frente, alinear por ambas partes las escuadras navales o aéreas apenas si ya tiene significación. De todos modos, semejante contabilidad daría al Este una ventaja incuestionable.

Lo que importa es que más de un cuarto de siglo después de dos acontecimientos determinantes para el destino de los países de Europa:

- el segundo conflicto mundial—que fue también una guerra civil europea;
- el advenimiento de las armas de destrucción masiva y la transformación geopolítica que pudo haber resultado;
- el *statu quo* territorial y político de Estados europeos que fueron los más poderosos del mundo, dependen—Francia provisionalmente exceptuada—a un tiempo:
- de la buena voluntad de los soviéticos, y
- del mantenimiento en Europa de contingentes rehenes norteamericanos, es decir, igualmente de la buena voluntad de otro continente.

Porque no era del interés de los norteamericanos, ni del de los rusos, porque los gobiernos europeos no han comprendido la significación de las nuevas técnicas y de las transformaciones que determinan en la relación de fuerzas, resulta que actualmente la Europa del Oeste no tiene ni los medios de su defensa ni los de su independencia.

General PIERRE GALLOIS

Traducción de CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.